

Vidrieras

Tuve aquellas muñecas de El Encanto
que un día volaron hechas trizas.
Las vi caer sobre un callejón sin salida,
descuartizadas.
Tuve la razón, la conformidad de una ciudad
con sus vestidos caros y baratos
y sus muñecas frías.
«Soy fría» —dijo su voz a mi oído
y fingió (entonces) sentir.

Porque paseábamos, sin otra voluntad que fingir
una dedicación absoluta a un atavismo,
cuando todas las avenidas se cruzaban
bajo el mar
y uno sentía pudrirse
los sentidos de los otros
con la pisada todavía caliente encima
del tapiz metálico de las alcantarillas,
contra esa prosperidad tan esperada, un desliz.

La casualidad puso ante mí esas muñecas caras,
«con su despreocupada alegría de vivir»
engañándome.
Y si alguna vez cosí un botón de nácar
con un cabello arrancado con los dientes
lo puse con mi boca sobre tu camisa,
la humedecí un poco
«brujería»—dijiste—
¿de qué sirvió poseerte
y fingir?

Como los cuellos de esas muñecas caras estalló por debajo
el desdén, la imposibilidad.
Cuellos quebrados por el enclavamiento de la trama
y retorcidos unos contra otros después,
sufriendo lo que no llegó a ser.

Hacia el final del paseo
la curva en serpentina (rota) del tiempo
y la vidriera sustituida por cartón.
«Nada sustituye hacia el fondo del día,
una imagen malograda de las cosas» —me dices.
Fueron aquellas muñecas decapitadas de la infancia
con sus trajes de matelassé,
y sus deseos cortados de cuajo.